

Ecología humana integral: reflexiones sobre cultura, espiritualidad y democracia

Olga Lucía Fernández Arbeláez

Introducción

La ecología humana integral ofrece una mirada holística que aborda la interconexión entre seres humanos, la naturaleza y la sociedad. Por su parte, Laudato Si (2015), señala que el hombre y la naturaleza son uno; vivimos en un ecosistema amplio donde debemos coexistir en armonía con la naturaleza y la sociedad, preocupándonos por la justicia con los pobres y comprometiéndonos con la paz interior.

Los seres humanos somos esencialmente espirituales, y nuestra dimensión espiritual se enriquece con la naturaleza, que reside en nuestra alma. Sin embargo, nos hemos distanciado de la naturaleza, perdiendo esta conexión vital. Desde una perspectiva planetaria, se reafirma esta conexión: “la naturaleza, en todas partes, se dirige al hombre con una voz que es familiar para su espíritu”. (Alexander von Humboldt, 1759-1859, citado por Wolf, 2019, sp). Por lo que, para Humboldt, todo está interconectado: naturaleza, tierra, cosmos y seres vivos conformando una unidad.

Con su “Naturgemälde”, Humboldt demostró por primera vez que la naturaleza era una fuerza global, con zonas climáticas correspondientes en todos los continentes, destacando una “unidad en la variedad”. Observó las plantas en función del clima y la ubicación, lo que le llevó a comparar, por ejemplo, las semejanzas entre las plantas costeras de África y Sudamérica. Esto le permitió postular una conexión antigua entre estos continentes, una idea revolucionaria mucho antes de que se discutieran los movimientos continentales y la teoría de las placas tectónicas.

En ese sentido, Humboldt encontró conexiones en todas partes y nunca abordó ningún fenómeno en aislamiento, ni siquiera el organismo más diminuto. Decía: “en esta gran cadena de causas y efectos, no puede estudiarse ningún hecho aisladamente” (como se citó en Arizmendi, 2018). Con esta visión, se acuñó el concepto de la “Red de la Vida”, una perspectiva de la naturaleza que sostiene que todo está interrelacionado. La naturaleza, vista como un entramado de vida y una fuerza global, forma una totalidad viva donde, si se altera un elemento, podría desestabilizarse todo el sistema.

Por lo tanto, al concebir la tierra como un gran organismo vivo en el que todo está relacionado, se engendró una nueva visión de la naturaleza. Así, los conocimientos deben compartirse, intercambiarse y ponerse a disposición de todas las culturas y personas. En ese sentido, el mundo se caracteriza por poseer una cantidad indefinida de culturas, formando un entramado de vida intelectual y espiritual que abarca todo el planeta. Esto nos enseña que existen otras opciones y posibilidades de pensar e interactuar con nuestro entorno.

El objetivo de este capítulo es compartir una reflexión sobre la relación entre la ecología humana, la cultura, la espiritualidad y sus implicaciones en la democracia. De otro modo, se trata de pensar: ¿qué significa ser humano y estar vivo? ¿Cuál es la responsabilidad del ser humano con el mundo?

Para ello, se aborda la ecología humana integral desde una perspectiva que reconoce la interconexión entre los seres humanos, la naturaleza y la sociedad. La desconexión progresiva con el entorno natural no solo ha generado crisis ecológicas, sino que también ha debilitado los lazos comunitarios y ha favorecido el individualismo, poniendo en riesgo la democracia como espacio de convivencia y respeto por la diversidad.

A lo largo del capítulo, se analizarán estos temas desde una mirada integral, partiendo de la relación entre cultura y democracia para comprender cómo las prácticas culturales influyen en la vida política y social. Posteriormente, se explorará el papel de la interculturalidad y la espiritualidad en la reconfiguración de nuestras relaciones con la naturaleza y con los otros.

Finalmente, se presentarán reflexiones sobre la importancia de recuperar una visión del mundo que reconozca la interdependencia de todos los seres y fomente la participación activa en la preservación del equilibrio ecológico y social. Con ello, se busca generar una discusión crítica sobre el papel del ser humano en la crisis ambiental y democrática actual, así como la posibilidad de construir nuevas formas de habitar el mundo con mayor conciencia y responsabilidad.

Sobre cultura y democracia

Cada cultura representa una constelación única y siempre cambiante, que emana del espíritu del lugar y se manifiesta a través de elementos como la lengua, la religión, la organización social y económica, las artes, las historias, los mitos, las prácticas y los rituales. Estas características, junto

con sus aspiraciones y metáforas, están profundamente vinculadas a la matriz ecológica y geográfica de su origen, configurando formas de vida diversas y dinámicas.

En este sentido, las aproximadamente 7.000 lenguas que se hablan en el mundo reflejan la riqueza del espíritu humano y son la expresión tangible del alma de cada cultura en el mundo material. Sin embargo, esta diversidad lingüística enfrenta una grave amenaza, pues, como advierte Davis (2022), la mitad de estas lenguas no están siendo transmitidas a las nuevas generaciones, lo que las condena a la desaparición.

Cada lengua constituye un legado social, cultural e intelectual irrepetible, actuando como un repositorio de conocimiento y experiencia acumulada a lo largo de siglos. No obstante, la pérdida de este patrimonio es alarmante: en promedio, cada quince días fallece un anciano que lleva consigo las últimas sílabas de una lengua ancestral, extinguiendo con él una visión única del mundo.

No obstante, a pesar de dichas diferencias, las culturas comparten tres elementos fundamentales que siempre han facilitado su coexistencia: el ADN, la espiritualidad y la democracia. Según Wells (2007), no existen diferencias genéticas notables entre las distintas poblaciones del mundo. Todos los seres humanos somos literalmente hermanos y hermanas, provenientes del mismo tejido genético que ha experimentado más de mil millones de años de transformaciones evolutivas.

Esta unidad biológica se evidencia en los 6.000 millones de datos inscritos en nuestro ser, que vibran y giran en nuestro interior, compartiendo 46 cromosomas en común. Asimismo, el consenso científico señala que nuestro origen se encuentra en África, desde donde nuestros antepasados iniciaron migraciones hacia otros continentes hace aproximadamente entre 140.000 y 60.000 años.

A partir de esta premisa, se desprende que todas las culturas comparten fundamentalmente la misma agudeza mental y el mismo ingenio innato, lo que desmonta las viejas narrativas de superioridad cultural o racial. Este hecho nos libera de las tiranías parroquiales que nos han perseguido desde la era victoriana, manifestadas en conceptos como “la supervivencia del más fuerte” de Herbert Spencer, la noción de “buen nacimiento” o las ideas eugenésicas y frenológicas que promovían la selección de individuos considerados más aptos física e intelectualmente. Estas concepciones erróneas han sido utilizadas para justificar desigualdades y exclusiones, pero el conocimiento científico contemporáneo nos permite comprender que la humanidad es, en su diversidad, una sola especie unida por su historia genética, espiritual y democrática.

No obstante, estas ideas sustentaban la supuesta “superioridad de la raza” basándose en la morfología de los cráneos, argumentando que estas diferencias físicas reflejaban características innatas entre los distintos grupos humanos. Así, se establecieron clasificaciones como *Afer* (africanos), *Americanus* (nativos americanos), *Asiaticus* (asiáticos), *Europaeus* (europeos) y *Monstrosus*, categoría en la que se incluía a todos aquellos que no encajaban en los estándares preconcebidos de la época.

A lo largo del tiempo, estas nociones racistas fueron reforzadas por figuras como Thomas Whiffen, quien en 1915 realizó descripciones y dio consejos perjudiciales en un contexto en el que miles de indígenas Bora y Huitoto eran esclavizados y masacrados. De manera similar, Eugenio Robuchón realizó descripciones absurdas y xenófobas de los pueblos indígenas, mientras que Carlton Coon llegó a afirmar que la mezcla de razas representaba una amenaza tanto para el equilibrio genético como para la estabilidad social. Estas ideas pseudocientíficas no solo justificaron la discriminación, sino que también sirvieron de base para la imposición de políticas segregacionistas, como las leyes racistas de Jim Crow en Estados Unidos, que perpetuaron la desigualdad y la exclusión.

El pensamiento occidental también contribuyó a la consolidación de una visión antropocéntrica que reforzaba la dominación del ser humano sobre la naturaleza. Bacon proclamaba que el mundo estaba al servicio del hombre, mientras que René Descartes consideraba a los animales como meros autómatas, incapaces de raciocinio, y sostenía que los humanos eran “los dueños y señores de la naturaleza”.

Estas ideas se extendieron durante el siglo XVIII, cuando se promovió la creencia de que la humanidad debía “mejorar” la naturaleza a través del cultivo de tierras y la domesticación del entorno. En este marco, los bosques vírgenes del Nuevo Mundo fueron percibidos como espacios caóticos y hostiles, una “horrible tierra salvaje” que debía ser conquistada y transformada en terrenos ordenados y productivos. Estas visiones, lejos de desaparecer con el tiempo, dejaron un legado de sesgos que se han perpetuado hasta épocas recientes, como en 1965, cuando aún persistían ideas raciales pseudocientíficas.

Así, en el siglo XXI, es fundamental detenerse a evaluar las consecuencias de estos pensamientos sobre la humanidad y el mundo en que vivimos. Las investigaciones contemporáneas en genética poblacional han desmontado muchas de estas afirmaciones, evidenciando que no existen diferencias biológicas significativas entre los seres humanos.

Sin embargo, el impacto de estas ideologías sigue presente en las estructuras de poder y en la relación entre la humanidad y la naturaleza.

En este contexto, se hace necesario recuperar una conciencia colectiva que reconozca nuestra herencia común, no solo como seres humanos con un ADN compartido, sino también como habitantes de un planeta cuya preservación depende de nuestra capacidad para cuestionar y transformar los modelos de pensamiento heredados del pasado.

Esta reconstrucción implica también una transformación en la manera en que concebimos la democracia. Entendida como forma de sociedad, tipo de gobierno y modo de vida, busca mejorar moralmente a los hombres a través de la educación moral y cívico-política de la ciudadanía. Al convertirnos verdaderamente en ciudadanos del mundo, o cosmopolitas, nos volvemos vigilantes y respetuosos de las herencias culturales y comprensivos de las necesidades de recursos.

Ahora bien, mientras que en la tradición clásica se vinculaba con la participación directa de los ciudadanos en los asuntos públicos, en la actualidad se ha ampliado para incluir nuevas dimensiones, entre ellas, la democracia ecológica. En este sentido, Melo (2013) plantea que la democracia ecológica no solo supone un derecho humano al acceso a un entorno saludable, sino que también implica la incorporación de criterios de sostenibilidad en las decisiones políticas. Desde esta perspectiva, la democracia no solo debe garantizar la representación y participación ciudadana, sino también integrar la dimensión ambiental como un eje central del desarrollo y la equidad social.

En este sentido, la etnósfera, concebida como una red de vida social que integra pensamientos, mitos, creencias e inspiraciones, representa el legado más valioso de la humanidad. Es el reflejo de nuestra capacidad de adaptación y de nuestra curiosidad infinita, y su preservación es fundamental para el fortalecimiento de la democracia.

Así, la democracia debe valorar los diferentes modos de apropiación y significados entre grupos diversos, referidos a códigos, patrones y valores como el respeto mutuo, la escucha asertiva para una comprensión mutua, la construcción de ciudadanía, el reconocimiento de múltiples identidades y la comunicación horizontal para generar oportunidades. La democratización facilita oportunidades para todos y permite reconsiderar nuestro propio punto de vista.

Como señaló Tocqueville (1835), no se trata solo de conocer la democracia, sino de “aleccionarla, reavivar sus creencias si es posible, purificar sus costumbres y acompañar sus movimientos” (sp). la educación cívico-política no puede ser doctrinaria, sino un proceso crítico que forme ciudadanos conscientes de su papel en la construcción del bien común. Así, el ciudadano es el auténtico protagonista del proceso democrático y

no puede haber una verdadera democracia sin una educación en democracia.

Sin embargo, preocupa la tendencia creciente hacia el individualismo dentro de las sociedades democráticas, así como los peligros que de ello se derivan, como la degradación del civismo por el egocentrismo y las nuevas formas de despotismo que le acompañan. Según Alexis de Tocqueville (1951):

El individualismo es un sentimiento reflexivo y pacífico que predispone a cada ciudadano a aislarse de la masa de sus semejantes y mantenerse aparte en compañía de su familia y amigos, de tal modo que, después de haberse creado una pequeña sociedad para uso propio, gustosamente abandona la grande a su suerte [...] procede de un juicio erróneo más que de un sentimiento depravado. Tiene su origen tanto en los defectos de la mente como en los vicios del corazón [...] no ciega más que la fuente de todas las virtudes públicas, pero con el tiempo, ataca y destruye todas las demás y acaba absorbiéndose en el egoísmo (s.f).

Así el individualismo, a diferencia del egoísmo, no designa un defecto propio de la naturaleza humana, sino una tendencia moral surgida de la sociedad democrática que trae consigo un déficit de civismo que merma la condición misma del ciudadano y acaba por degradar la propia humanidad del hombre. Cuando la ciudadanía se repliega en sí misma y deja de participar activamente en la vida pública, la democracia se ve amenazada. En ese sentido, Tocqueville (1951) describió los peligros de este fenómeno:

Si quiero imaginar con qué nueva apariencia podría producirse el despotismo en el mundo, veo una multitud innumerable de hombres parecidos y de igual condición social que giran sobre sí mismos en busca de pequeños placeres con los que colman su alma. Cada uno de ellos [...] no existe sino en sí mismo y para sí mismo [...] por encima de ellos se alza un poder inmenso y tutelar que se encarga él solo de garantizar sus placeres y de velar por su suerte [...] quiere que los ciudadanos gocen, con tal de que no piensen sino en gozar [...] siempre he creído que este tipo de servidumbre ordenada, benigna y pacífica (s.f).

Por ende, el individualismo excesivo puede dar lugar a sociedades en las que los ciudadanos, preocupados únicamente por su bienestar personal, delegan en el Estado la responsabilidad de garantizar su comodidad sin cuestionar la estructura de poder que los gobierna. Este fenómeno ha sido históricamente aprovechado por distintas élites para consolidar su dominio sobre las mayorías.

Desde la antropología cultural, Harris (2004) ofrece un análisis de cómo ciertos discursos y mitos han servido como herramientas de control social, estableciendo narrativas que consolidan desigualdades y justifican la represión. En este sentido, Harris estudia cómo las brujas, las vacas y

la porcofobia han funcionado como mecanismos de poder utilizados por grupos dominantes para someter a otros sectores de la sociedad.

Un ejemplo paradigmático de esto es el fenómeno de la caza de brujas, que, según el autor, fue una estrategia de las clases gobernantes para sofocar la insurgencia social y política. La persecución de la brujería coincidió con el auge del protestantismo, en este caso representado por Martín Lutero y las crecientes demandas de condiciones de vida más dignas. Según Harris (2004), entre los siglos XV y XVII, el 82% de los declarados culpables de brujería eran mujeres ancianas, indefensas y parteras de clase baja, acusadas de haber hecho un pacto con el diablo. Así, la brujería ganó auge paralelamente a la insurgencia frente a las injusticias sociales y económicas en el ocaso del feudalismo y el surgimiento de las monarquías.

Todos los sucesos adversos eran atribuidos a las brujas: desde la pérdida de ganado y cosechas, dolores de cabeza, aumento del precio del pan, muerte de niños, elevación de impuestos, disminución del salario, hasta enfermedades, achaques, infidelidad, esterilidad y locura. Así, la iglesia y el Estado establecieron una campaña contra estos supuestos enemigos fantasmas del pueblo, no solo librando a las autoridades de la inculpación sino también convirtiéndolas en elementos indispensables para la sociedad.

En este sentido, tanto el individualismo exacerbado en las sociedades democráticas como la instrumentalización de mitos y miedos colectivos han servido históricamente como herramientas para consolidar el poder de unas élites sobre otras. La pasividad ciudadana, resultado de un individualismo que prioriza el disfrute personal sobre el compromiso colectivo, facilita el surgimiento de nuevas formas de despotismo.

Del mismo modo, la creación de enemigos simbólicos ha sido utilizada reiteradamente para distraer a la población de los verdaderos problemas estructurales. En ambos casos, la falta de una ciudadanía activa y crítica permite que las desigualdades persistan y que las estructuras de dominación se mantengan inalteradas.

De esta manera, el tema de las brujas dispersó y fragmentó todas las energías latentes de protesta, desmovilizando a los pobres y desposeídos, incrementando la distancia social, llenando de sospechas mutuas, enfrentando a vecino contra vecino, aislándolos a cada uno y haciendo a todos temerosos. Esto hizo que cada persona se sintiera desamparada y dependiente de las clases gobernantes, centrándose la cólera y la frustración en un foco puramente local.

Para evitar que los pobres enfrenten al *establishment* eclesiástico y secular con demandas de redistribución de la riqueza y nivelación de rango,

se desplazó la responsabilidad de la crisis de la sociedad medieval desde la iglesia y el estado hacia demonios imaginarios en forma humana. Las masas, empobrecidas y alienadas, atribuyeron sus problemas al desenfreno del diablo en lugar de a la corrupción y la rapacidad de la nobleza.

Harris (2004) también analiza otro mecanismo de dominación simbólica: la veneración de las vacas en la India. Para la cosmovisión hindú, la vaca representa la vida en su totalidad y es un símbolo sagrado de protección y abundancia. Sin embargo, en otras culturas se critica este culto como la principal causa de pobreza en la India. El tabú contra el sacrificio de vacas permite la existencia de aproximadamente 100 millones de animales considerados inútiles, que no producen leche ni carne.

Estos animales son tratados como miembros de la familia por los agricultores, quienes celebran el nacimiento de cada nuevo becerro y rezan por las vacas cuando enferman. Los hindúes incluso cuelgan calendarios con imágenes de mujeres jóvenes con cuerpos de grandes vacas blancas y gordas, de cuyas ubres mana leche. Estos animales deambulan por las calles, irrumpiendo en jardines públicos y provocando atascos de tráfico, y existen incluso asilos para vacas donde la policía cuida del ganado extraviado y enfermo.

Así, Harris (2004) señala además que la producción media de leche en la India no sobrepasa las 500 libras al año y cerca de la mitad de las vacas no produce nada de leche. Los bueyes, fuente principal de tracción para arar los campos, son insuficientes, dado que existen 60 millones de granjas, pero solo 80 millones de animales de tracción, cuando deberían ser 120 millones. La coordinación de la tarea de arar con las lluvias monzónicas es crucial; por lo tanto, si un buey cae enfermo, el campesino pobre corre el riesgo de perder su granja. En ausencia de un sustituto, el campesino debe pedir dinero prestado a intereses usurarios.

Por lo tanto, para un agricultor que posee una vaca, ésta representa una “factoría” para producir bueyes. El ganado en la India excreta anualmente cerca de 700 millones de toneladas de estiércol recuperable. La mitad de este se utiliza como fertilizante y la mayor parte del resto como combustible para cocinar. Dado su valor, se recoge con cuidado hasta el último residuo.

Desde el punto de vista del campesino, una vaca seca y estéril puede constituir la última y desesperada defensa contra los prestamistas. Como señala Harris (2004), “el agricultor indio prefiere morirse de hambre antes que comerse una vaca” (p. 27), pero no comprenden que el agricultor moriría de hambre si lo hiciera. En la India, el ganado es útil no solo

como tracción, sino también como combustible, fertilizante, leche, recubrimiento del suelo, carne y cuero.

En ese sentido, a lo largo de la historia, las sociedades han regulado sus costumbres, creencias y prácticas en función de su contexto ecológico, social y político. Estas regulaciones han sido clave tanto para la adaptación y supervivencia como para el mantenimiento del orden social y la consolidación de estructuras de poder. Ejemplos de ello incluyen las restricciones alimentarias en ciertas religiones, las políticas coloniales en América y la evolución del pensamiento ambientalista, todas interconectadas en la manera en que los pueblos han organizado su vida colectiva y sus sistemas de gobernanza.

Un primer caso es la porcofobia, que se refiere a la aversión cultural y religiosa hacia el cerdo, que se ha manifestado en diversas tradiciones, como la judía, la musulmana y la cristiana. Antes del Renacimiento, el cerdo era visto como un animal impuro, ya que se revolcaba en su propia orina y comía excrementos. En el siglo XIII, Maimónides comentó que su carne tenía efectos perjudiciales para la salud, y en el siglo XIX se descubrió que la triquinosis era causada por su consumo sin una adecuada cocción.

En ese sentido, Harris (2004) explica que los hebreos, descendientes de Abraham a finales del siglo II a.C., habitaban regiones áridas y poco pobladas donde la cría de cerdos no resultaba sostenible. El cerdo es un animal propio de bosques y riberas de ríos, se alimenta de nueces, frutas, tubérculos y granos, compitiendo directamente con los humanos por estos recursos.

Además, no es una fuente práctica de leche, es difícil de conducir a largas distancias y está mal adaptado a climas cálidos y secos, ya que no suda y necesita humedecer su piel para compensar la falta de pelo protector. Por ello, la carne de cerdo pasó a ser un lujo ecológico y económico, y su prohibición no sólo respondió a motivos religiosos, sino que también cumplió la función de regular el uso de recursos y mantener el orden social dentro de estas comunidades.

Del mismo modo en que las normas culturales respondieron a condiciones ecológicas, las dinámicas de poder también influyeron en la organización de la sociedad y en la manera en que se construyó la democracia. Por su parte, Wulf (2019), señala que Humbolt criticó el colonialismo, señalando que su expansión no solo destruyó el medio ambiente, sino que también generó profundas divisiones sociales. Las colonias fueron explotadas en busca de materias primas, y la dominación extranjera fomentó la desconfianza entre las personas al establecer desigualdades estructurales.

Asimismo, como describe Wulf (2019), durante tres siglos de dominio español en América, se promovieron recelos entre distintas razas y clases sociales. Los criollos acomodados, en lugar de buscar una sociedad más equitativa, preferían mantener su lealtad a España antes que compartir el poder con mestizos, esclavos e indígenas. Este modelo de exclusión cimentó el odio entre las castas y fortaleció una sociedad fragmentada, desconfiada y profundamente desigual (pág. 27).

Esta interconexión entre cultura, ecología y poder no solo fue evidente en la Antigüedad y en la era colonial, sino que también influyó en la Revolución Industrial y en el pensamiento ambientalista moderno. Con el avance tecnológico (telares, máquinas de vapor, telescopios y microscopios), la humanidad perdió el miedo a la naturaleza y comenzó a concebirla como un elemento dominable. Se promovía la educación, la tolerancia y el pensamiento independiente, mientras que la naturaleza era vista como un espacio de libertad y equilibrio. Sin embargo, esta percepción llevó a una explotación desmedida de los recursos naturales sin considerar sus consecuencias a largo plazo.

A pesar de ello, comenzó a emerger una corriente de pensamiento que entendía la naturaleza no sólo como un recurso a disposición del ser humano, sino como un sistema complejo cuyo equilibrio debía respetarse. Desde esta perspectiva, se consideraba que todo aquello que atentara contra la armonía natural era injusto, dañino y carente de validez. La naturaleza pasó a ser concebida como el fundamento mismo de la libertad, cuyo orden y diversidad debían servir de modelo para la organización política y moral de las sociedades.

Bajo esta visión, la humanidad dejó de percibirse como un ente separado del mundo natural y comenzó a entenderse como una pequeña parte de un todo interconectado. En este sentido, la política y la naturaleza no podían ser esferas aisladas, sino dimensiones complementarias que debían avanzar en equilibrio para garantizar la sostenibilidad y la justicia social.

Ante esta problemática, Henry David Thoreau, en 1851, reclamó la conservación de los bosques, proponiendo que cada ciudad tuviera un bosque de varios cientos de hectáreas inalienables para siempre. En la misma línea, George Perkins Marsh, en su obra *Man and Nature* (1864), fue pionero en la historia natural e influyó en las políticas ambientales de Estados Unidos. Más adelante, John Muir, conocido como el padre de los parques nacionales, y Gifford Pinchot, primer responsable del Servicio Forestal de Estados Unidos, desempeñaron un papel clave en la aprobación de la Ley de Plantación de Árboles de 1873 y la Ley de Reservas

Forestales de 1891. En 1840, ambos contribuyeron a la fundación de la Smithsonian Institution en Washington DC, el primer museo nacional de Estados Unidos, que jugó un papel esencial en la educación y la preservación del conocimiento sobre la biodiversidad.

El compromiso con la protección del medio ambiente continuó consolidándose a finales del siglo XIX. John Muir, además de sus múltiples iniciativas, fundó en 1892 el Sierra Club, hoy la mayor organización ecologista de base en Estados Unidos. Por su parte, Theodore Roosevelt promovió un modelo de ecologismo de preservación, que buscaba proteger la naturaleza frente a la acción humana, asegurando la conservación de bosques, ríos y montañas en condiciones prístinas. Estos esfuerzos nos llevan a una reflexión más amplia sobre el papel del ser humano en la naturaleza y en la vida pública. Si bien la industrialización promovió el desarrollo tecnológico y económico, también reforzó el individualismo y una percepción instrumental de la naturaleza.

En la actualidad, la lucha por la justicia ambiental y la democracia ecológica se ha convertido en una de las principales demandas de los movimientos sociales y de las organizaciones internacionales. La interdependencia entre la naturaleza y la política no puede ser ignorada si se pretende garantizar un futuro sostenible y equitativo para las próximas generaciones. Como advierte Melo (2013), la democracia ecológica no solo implica el derecho a un ambiente sano, sino que también requiere una reconfiguración de los procesos democráticos para incluir la voz de las comunidades afectadas por el deterioro ambiental.

En este contexto, surgen preguntas cruciales: ¿Cómo preservar, en la democracia moderna, la integridad personal del ser humano y recuperar, al mismo tiempo, al ciudadano comprometido con la vida pública y con la naturaleza? ¿Cuál debería ser la caracterización del *homo democraticus* para evitar su degradación en el egoísmo individualista? Estas interrogantes invitan a repensar el vínculo entre la sociedad, la ecología y la política, destacando la necesidad de un equilibrio entre progreso y sostenibilidad.

Interculturalidad y espiritualidad

La interculturalidad y la espiritualidad están profundamente vinculadas en la construcción de sociedades más equitativas y respetuosas de la diversidad. La interculturalidad no solo implica el contacto entre diferentes grupos culturales, sino que también promueve el reconocimiento mutuo, el diálogo y la convivencia basada en la equidad. Desde esta perspectiva,

Mahatma Gandhi resaltó la importancia de las relaciones de intercambio y comunicación entre iguales, sin que ello implique la imposición o superioridad de una cultura sobre otra.

Gandhi promovió la capacidad de cada pueblo de reconocerse en su identidad, pero también de diferenciarse sin caer en la exclusión o la asimilación forzada. En sus propias palabras: “Quiero que las culturas de todas las tierras del mundo soplen con libertad absoluta a través de mi casa. Pero me niego a ser barrido por cualquiera de ellas” (Gandhi, 2002, p. 28). Esta afirmación refleja su visión de un mundo en el que las tradiciones y creencias puedan coexistir en armonía, sin que una hegemonice o suprima a las demás.

La espiritualidad, en este sentido, también se convierte en un eje fundamental de la interculturalidad, ya que muchas tradiciones han encontrado en sus creencias y prácticas espirituales una base para el respeto, la solidaridad y la integración con otras culturas. Desde las filosofías orientales hasta las tradiciones indígenas, el reconocimiento de la diversidad cultural ha sido un componente esencial para el entendimiento mutuo y la construcción de sociedades más inclusivas.

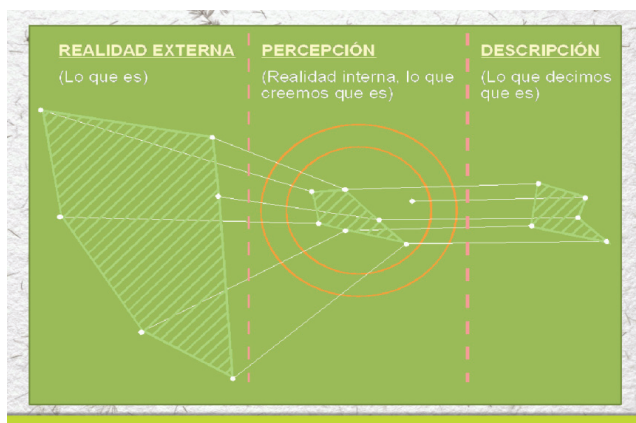
Por lo tanto, la unidad de la raza humana, no solo en su historia biológica y democrática, sino también espiritual, se refleja en el concepto de reciprocidad, un principio fundamental en la relación con los indígenas y la naturaleza. Esta reciprocidad implica una correspondencia mutua y un profundo sentido de equilibrio y armonía, basado en la confianza consciente y voluntaria a pesar de no tener control sobre el futuro.

La reciprocidad implica una responsabilidad hacia las generaciones futuras y hacia la tierra misma, con el fin de preservar y mantener el equilibrio ecológico y cultural para las próximas generaciones. La relación de los indígenas con la naturaleza es estética, amorosa y de profundo respeto. Este concepto de reciprocidad para los indígenas trasciende lo material y es holístico; incluye no solo bienes y servicios, sino también conocimientos, afecto y respeto. Es la comprensión de que todos dependemos unos de otros y de la naturaleza.

La reciprocidad es un principio vital que guía las relaciones con los demás y con los otros seres que habitan la tierra. Además, para los indígenas, la “verdad” no tiene la certeza de ser única, como ocurre en la sociedad general a través de la investigación científica y las explicaciones derivadas de esta, que se presentan como verdades absolutas e indiscutibles. Para los indígenas, la verdad es múltiple; nadie posee la verdad absoluta de todo, sino que cada uno tiene su propia verdad y esta es cambiante.

Según Korzybski (2016), la verdad es inabarcable por una sola persona. Cuando se percibe, cada individuo selecciona aspectos de la realidad que le son comunes desde la perspectiva de su cultura, familia e individualidad, creando su “propio” mapa mental. Este mapa le significa la realidad que se convierte en verdad para la persona, como se expone en la siguiente imagen:

Figura 1. Mapa sobre la realidad común desde la perspectiva de la cultura, la familia y el individuo



Fuente. A partir de la obra de Korzybski

La interculturalidad y la espiritualidad han sido elementos fundamentales en la configuración del conocimiento, la convivencia y la construcción de significados en diferentes sociedades. Estas dimensiones han evolucionado a lo largo del tiempo, influyendo en la manera en que las civilizaciones han interpretado el mundo, han gestionado sus relaciones con la naturaleza y han desarrollado sus propios sistemas de pensamiento.

Desde la cosmovisión indígena, la oralidad y la narración de historias son herramientas clave para la interpretación del mundo y la solución de dificultades. El conocimiento simbólico y metafórico es tan relevante como la explicación lógico-racional, pues permite comprender la complejidad de la existencia en múltiples niveles. En espacios sagrados como la Maloka, se toman decisiones cruciales para la comunidad, resaltando la importancia del diálogo y la construcción colectiva del conocimiento.

La construcción de la realidad es otro aspecto fundamental en la interculturalidad. Korzybski (2016) señala que la verdad no puede ser abarcada en su totalidad por una sola persona, pues cada individuo percibe la realidad desde su contexto cultural y subjetivo. Como afirma el autor: “el mapa no es el territorio” (Korzybski, 1933, p. 29), es decir, lo que cada persona interpreta como realidad no es más que una representación parcial y filtrada de su entorno. Esta idea es clave en el diálogo intercultural, ya que permite comprender que distintas culturas pueden tener percepciones diversas sobre un mismo fenómeno sin que ello implique superioridad de una sobre otra.

En la modernidad, uno de los pensadores que promovió la integración entre conocimiento racional e imaginación fue Alexander von Humboldt, quien consideraba que la ciencia debía nutrirse de la experiencia sensorial y la subjetividad. Propuso una fusión de naturaleza y arte, hechos e imaginación en la investigación científica, y abogó por valores como la libertad, la igualdad, la tolerancia y la importancia de la educación.

En este sentido, la naturaleza como Red de Vida, no podría ser estudiada solo como botánico, geólogo o como zoólogo Humboldt trenzaba los mundos físico, biológico y cultural, mostrando relaciones entre plantas, clima y geografía, y proponiendo que la naturaleza se estudiara como un todo unido y no solo en categorías taxonómicas. Planteó una hermandad interdisciplinaria de científicos que intercambiaran y compartieran conocimientos para superar las disciplinas aisladas.

A partir de ello, la imaginación es tan necesaria como el pensamiento racional para comprender el mundo natural. Así, el conocimiento combina arte y ciencia, y, en esta línea, Alexander Von Humboldt propuso la creación de una hermandad interdisciplinaria de científicos que intercambiaran y compartieran conocimientos, integrando diversas opiniones para superar las limitaciones de las disciplinas aisladas. Humboldt expresaba que “una descripción veraz de la realidad es la más extraordinaria poesía” (Humboldt, 1845, 20).

Desafortunadamente, Humboldt falleció en una época donde las disciplinas científicas se estaban consolidando en campos estrictamente separados y especializados. Con su muerte, la humanidad perdió la valiosa perspectiva interdisciplinaria de Humboldt y su visión de la naturaleza como una fuerza global. Hoy en día, su enfoque interdisciplinario para estudiar la ciencia y la naturaleza es más relevante que nunca, especialmente en un mundo que enfrenta retos globales como el cambio climático.

Sin embargo, la evolución de la interculturalidad no ha sido lineal ni homogénea. A lo largo de la historia, el choque de civilizaciones y los

procesos de colonización han transformado profundamente la interacción entre diferentes grupos culturales. En América Latina, la llegada de los europeos alteró radicalmente las estructuras de conocimiento indígena, relegando muchas de sus prácticas espirituales y epistemológicas a la marginalidad. A pesar de ello, los pueblos originarios han logrado preservar sus tradiciones y conocimientos, lo que los ha convertido en actores clave en la defensa del medioambiente y la biodiversidad.

Sin embargo, en diversas partes del mundo, enfrentan presiones constantes para abandonar sus tierras, que son codiciadas por proyectos extractivos y agropecuarios. Estos proyectos a menudo ignoran la degradación de la naturaleza y la cultura, poniendo en riesgo el equilibrio ecológico y la subsistencia de estas comunidades.

Para los pueblos indígenas, escuchar es un acto de profundo respeto por el hablante. Ellos no interrumpen, no contradicen, ni imponen; escuchan atentamente hasta que la persona ha terminado de hablar. Para ellos, la conversación es esencial, y lo más importante en la vida no es el valor material de las cosas, sino las relaciones con el medio ambiente y con las personas. Estas relaciones son lo que realmente da sentido a la vida. Saber escuchar es mantener la mente abierta, permitiendo que el otro se exprese, incluso cuando no se está de acuerdo con lo que se escucha.

Además, el poder mental que los indígenas desarrollan a través de la meditación es inmenso; facilita la comunicación con los espíritus y permite una comprensión más profunda de distintas realidades y formas de manifestación de los seres (Coronell, 2023).

Para los pueblos indígenas, la tierra no representa un bien económico, sino un don de Dios y de los antepasados que descansan en ella, siendo un espacio sagrado esencial para mantener su identidad y valores. Consideran que la selva está habitada por un flujo vital de energía que atraviesa todos los seres vivos, por lo que es crucial mantener una dieta que permita el libre flujo de esta energía. Los bloqueos energéticos pueden causar malestar, y para evitarlos realizan rituales que ayudan a limpiar y mantener la energía en armonía con la naturaleza.

Esta interconexión entre naturaleza, lenguaje y conocimiento es evidente en comunidades como los koguis, un pueblo indígena colombiano que ha conservado su cosmovisión ancestral. Según Reichel (1986), los koguis distinguen entre dos dimensiones de la realidad: la perceptual y la simbólica. Creen que solo vemos una parte del mundo y que la verdadera comprensión surge al integrar ambas dimensiones. Para ellos, hilar es un acto meditativo equivalente a pensar, pues el pensamiento se teje como los hilos de un telar, uniendo el conocimiento ancestral con la vida cotidiana.

La diversidad cultural y lingüística de los pueblos indígenas también es un reflejo de su riqueza intelectual. En Colombia, existen más de 115 pueblos indígenas que hablan 65 lenguas, muchas de ellas en peligro de desaparición. La Amazonía colombiana, que se extiende por los departamentos de Putumayo, Caquetá, Vaupés, Guaviare, Guainía y Amazonas, con una extensión de 47.600 millones de hectáreas, sido preservada históricamente por estos pueblos, que han desarrollado sistemas propios de medicina y educación adaptados a su entorno.

Esta riqueza lingüística no pasó desapercibida para Alexander von Humboldt, quien destacó que las lenguas indígenas eran tan sofisticadas que cualquier libro europeo podía ser traducido a ellas sin perder precisión conceptual. Humboldt observó que estos idiomas poseían términos para conceptos abstractos como “futuro”, “eternidad” y “existencia”, lo que evidencia un pensamiento filosófico complejo (Humboldt, 1845). Además, describió a los Caribes de Venezuela como un pueblo de gran fortaleza y belleza, comparándolos con estatuas de bronce de Júpiter, y destacó su profundo conocimiento de la naturaleza. Estos pueblos no solo desarrollaron una aguda observación del entorno, sino que también manejaban un lenguaje con gran riqueza, combinando elegancia, fuerza y ternura.

Humboldt también estudió manuscritos antiguos de los Incas, que revelaban conocimientos avanzados en astronomía y matemáticas, y documentó cómo los pueblos indígenas eran expertos en la identificación de plantas y animales. Los indígenas de la Amazonía, por ejemplo, podían distinguir especies de árboles únicamente por el sabor de su corteza, una habilidad que demuestra la profundidad de su relación con la naturaleza y su capacidad de observación detallada.

Esta conexión con el entorno no es exclusiva de América. En África, los San del desierto del Kalahari, una de las culturas más antiguas del planeta, han desarrollado un vasto conocimiento ecológico que les ha permitido sobrevivir en uno de los ecosistemas más hostiles del mundo. Su lengua, que no se relaciona con ninguna otra familia lingüística conocida, utiliza 142 sonidos distintos, incluyendo cadencias y cliques que los lingüistas consideran un reflejo del origen de las lenguas humanas (Pinker, 1994).

El conocimiento de los San no solo se basa en la tradición, sino en una forma de pensamiento que combina intuición y método científico. Louis Liebenberg, citado por Pinker (2021), sostiene que su supervivencia ha sido posible gracias a una mentalidad científica que incluye el pensamiento crítico, la deducción lógica y la inteligencia colectiva. Los San aplican

razonamientos basados en datos fragmentarios, utilizan silogismos y evalúan la consistencia de los argumentos, rechazando aquellos que se basan en la autoridad sin cuestionamiento.

El pensamiento crítico, para los San, implica analizar y evaluar afirmaciones que se aceptan comúnmente como verdaderas. En ese sentido, las distinciones lógicas permiten que haya análisis y argumentación a través de la precisión y la delimitación con claridad de los elementos involucrados en el razonamiento y la comunicación.

Por ejemplo, no sólo clasifican a los animales en categorías, sino que hacen distinciones más sutiles como la edad del animal; rastrean las señales escritas en la arena, nada escapa a su poder de observación: un ápice de hierba ligeramente doblada, la dirección de un jalón que partió una ramita; la profundidad, forma y condición de una huella animal pueden discernir la dirección en la cual iba el animal, el tiempo transcurrido y la velocidad de desplazamiento.

Las deducciones silogísticas les permiten cazar tanto en temporada seca como lluviosa, razonando a partir de pistas fragmentarias para llegar a conclusiones. También cultivan la inteligencia emocional y la capacidad de no fiarse de las primeras impresiones, lo cual es vital dado los peligros inherentes a su entorno.

El razonamiento estadístico, la inferencia causal modela las relaciones de causa y efecto entre dos variables de interés como, por ejemplo: adaptan sus planes de conservación a las diferentes vulnerabilidades de las plantas, que no pueden migrar, pero que se recuperan con rapidez cuando vuelven las lluvias, y de los animales, que pueden sobrevivir a una sequía, pero tardan mucho tiempo en restablecer su número de individuos.

La teoría de juegos les ayuda a entender los procesos de toma de decisiones y las interacciones, el comportamiento de las personas, por ejemplo, no aceptan argumentos de autoridad, cualquiera puede echar por tierra una conjetura o proponer la suya propia hasta que surja un consenso.

Los San tienen una comprensión sofisticada de la causalidad, que se refiere a la relación entre dos o más eventos donde la ocurrencia consistente y la secuencia de aparición permiten atribuir a uno de ellos la aparición del otro. También entienden la correlación, que es la relación recíproca entre dos o más elementos. Por ejemplo, reconocen que no es el ave la que seca la tierra, sino el sol; el ave simplemente anuncia que la tierra se secará en los próximos meses, indicando que es la época del año en la que las raíces son buenas para comer.

En el ámbito social, el intercambio de flechas no solo establece lazos de reciprocidad, sino que también forja solidaridad dentro de la comuni-

dad. Esta práctica representa un deber vitalicio que vincula a la persona con un círculo social más amplio, y está conectada simbólicamente con el territorio del fuego sagrado, que simboliza la vida, la unidad de las personas y la supervivencia de la familia en armonía con el cazado y el cazador.

La inteligencia colectiva en la comunidad San surge de la colaboración y la toma de decisiones consensuadas que benefician a toda la comunidad. La reciprocidad y el bienestar colectivo son principios que rigen todos sus recursos; por ejemplo, comparten la carne con aquellos del grupo que carecen de ella, o con un grupo vecino afectado por la sequía, demostrando un modo de vida armónico, sensible y basado en la confianza y el respeto, esencial para la supervivencia de la comunidad.

Por ende, rechazar un regalo es visto como un acto de hostilidad. Aceptar un regalo implica reconocer tanto una conexión como una obligación. En este contexto, una ofrenda de carne no sólo formaliza un compromiso de matrimonio, sino que el acto de devolver esa ofrenda y regresar al fuego familiar puede simbolizar la finalización de un divorcio.

En el plano espiritual, los San asocian el sol con la muerte. Reconocen la existencia de dos grandes espíritus: el Gran Dios del Cielo del Este y el Dios del Oeste. Para desviar las flechas de enfermedad y desventura, los San realizan danzas alrededor del fuego hasta entrar en un trance, una práctica que refleja su profunda conexión espiritual y su interpretación del mundo natural y sobrenatural.

Los San, habitantes del desierto del Kalahari, consideran que la fuerza crucial de la vida reside en el estómago y asciende por la columna vertebral como un vapor, tocando la base del cráneo, dispersándose por el cuerpo y propulsando el espíritu hacia una conciencia más elevada. Esta percepción subraya la conexión profunda que tienen con el entendimiento espiritual y físico de su existencia.

Para sobrevivir en el desafiante entorno del Kalahari, los San han desarrollado herramientas únicas que integran el conocimiento ambiental, la adaptación cultural y la vida en comunidad. Su idioma, basado en una compleja combinación de sonidos y cliques, no solo es un medio de comunicación, sino una manifestación de su relación con el territorio y la manera en que han interpretado el mundo durante milenios.

Más allá de la supervivencia, su forma de vida demuestra que el conocimiento tradicional y la interacción con la naturaleza no son conceptos separados, sino expresiones de una misma realidad. Así, su capacidad de leer el paisaje, anticipar los cambios estacionales y establecer relaciones simbólicas con su entorno refleja una forma de ecología humana integral,

en la que el bienestar individual y colectivo depende de la armonización con el medio.

Este mismo principio de interdependencia entre cultura y naturaleza se encuentra en otro de los ecosistemas más diversos y fundamentales para el planeta: la Amazonía. A diferencia del desierto del Kalahari, donde la escasez de recursos ha moldeado una cultura de extrema observación y eficiencia, el bioma amazónico, que abarca 843.6 millones de hectáreas y se extiende a través de nueve países sudamericanos, ofrece una abundancia de vida sin precedentes, siendo el bosque tropical más grande del mundo.

Sin embargo, esta riqueza natural no ha significado una menor dependencia del conocimiento ancestral para garantizar la supervivencia. Al igual que los San, los pueblos indígenas amazónicos han desarrollado sistemas de conocimiento que integran prácticas de uso sostenible del territorio, asegurando el equilibrio entre las comunidades humanas y la biodiversidad. Estas regiones, aparentemente opuestas en términos ecológicos, resalta un aspecto esencial de la interculturalidad y la espiritualidad: la adaptación humana no es simplemente un proceso biológico, sino una construcción cultural e histórica en la que el conocimiento local juega un papel crucial en la preservación del entorno.

Así como los San han diseñado estrategias de caza y rastreo que les permiten optimizar recursos limitados, los pueblos de la Amazonía han desarrollado técnicas de cultivo, recolección y gestión forestal que garantizan la conservación del equilibrio ecológico. En ambos casos, el territorio no es solo un espacio físico, sino una entidad viva con la que se establecen relaciones de respeto, reciprocidad y significación simbólica.

Por su parte, Alexander Von Humboldt, refiriéndose a la riqueza de vida en la selva, expresó que hay “muchas voces que nos proclaman que toda la naturaleza respira”, destacando la intensidad con la que la naturaleza manifiesta su poder y ternura. Describió la selva como un lugar donde late la vida, un mundo en el cual “el hombre no es nada” y donde el paisaje, tan pleno e inmenso, llena la mente con el sentimiento de infinitud.

Esta concepción resuena con la manera en que las comunidades indígenas han concebido su territorio por siglos. La selva no solo es su hogar, sino una entidad viva que requiere respeto y reciprocidad. En la actualidad, el Centro de Formación El Cocotal La Pedrera Amazonas desempeña un papel crucial en la región al promover el encuentro y el intercambio entre los pueblos indígenas. Su labor se centra en el fortalecimiento de los procesos organizativos y en la creación de espacios de diálogo intercultural con instituciones gubernamentales y organizaciones nacionales e internacionales.

A través de iniciativas como la formación de 20 gobiernos indígenas bajo la figura de Asociaciones de Autoridades Tradicionales Indígenas (AATI) y el Programa de Consolidación Amazónica (COAMA), se busca fortalecer la autonomía de los pueblos indígenas, asegurando su participación en la gestión de sus territorios y recursos naturales. Estas estrategias son fundamentales para enfrentar las amenazas que acechan a la región, entre ellas la minería ilegal, la explotación petrolera, la construcción de infraestructura y la presencia de actores ilegales, que se han intensificado en el periodo del posacuerdo de paz de 2016.

En este contexto, la Constitución Política de Colombia de 1991 representa un hito en el reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas. El país se define como una República Democrática, Participativa y Pluralista, y dentro de sus disposiciones constitucionales garantiza la protección de los derechos fundamentales y colectivos de los pueblos indígenas y afrocolombianos. Algunos de los artículos a los que esta constitución hace referencia son: 13¹, 16², 18³ y 20⁴. También reconoce el principio de igualdad y la promoción de los derechos de los pueblos indígenas y afrocolombianos en los artículos 7⁵,

1 “Todas las personas nacen libres e iguales ante la ley, recibirán la misma protección y trato de las autoridades y gozarán de los mismos derechos, libertades y oportunidades sin ninguna discriminación por razones de sexo, raza, origen nacional o familiar, lengua, religión, opinión política o filosófica. El Estado promoverá las condiciones para que la igualdad sea real y efectiva y adoptará medidas a favor de grupos discriminados o marginados.

El Estado protegerá especialmente a aquellas personas que, por su condición económica, física o mental, se encuentren en circunstancias de debilidad manifiesta y sancionará los abusos o maltratos que contra ellas se cometan”.

2 “Todas las personas tienen derecho al libre desarrollo de su personalidad sin más limitaciones que las que imponen los derechos de los demás y el orden jurídico”.

3 “Se garantiza la libertad de conciencia. Nadie será molestado por razón de sus convicciones o creencias ni compelido a revelarlas ni obligado a actuar contra su conciencia”.

4 “Se garantiza a toda persona la libertad de expresar y difundir su pensamiento y opiniones, la de informar y recibir información veraz e imparcial, y la de fundar medios de comunicación masiva”.

5 “El Estado reconoce y protege la diversidad étnica y cultural de la Nación colombiana”.

8⁶, 10⁷, 17⁸ y 70⁹. Así mismo, consagra los derechos la autonomía de los pueblos indígenas en los artículos: 1¹⁰, 63¹¹, 96¹², 171¹³, 176¹⁴, 246¹⁵ y 287¹⁶.

Este reconocimiento legal es fundamental para diferenciar dos figuras clave en la administración del territorio indígena en Colombia: la Reserva Indígena y el Resguardo Indígena. En la primera, la tierra es propiedad

- 6 “Es obligación del Estado y de las personas proteger las riquezas culturales y naturales de la Nación”.
- 7 “El castellano es el idioma oficial de Colombia. Las lenguas y dialectos de los grupos étnicos son también oficiales en sus territorios. La enseñanza que se imparta en las comunidades con tradiciones lingüísticas propias será bilingüe”.
- 8 “Se prohíben la esclavitud, la servidumbre y la trata de seres. Humanos en todas sus formas”.
- 9 “El Estado tiene el deber de promover y fomentar el acceso a la cultura de todos los colombianos en igualdad de oportunidades, por medio de la educación permanente y la enseñanza científica, técnica, artística y profesional en todas las etapas del proceso de creación de la identidad nacional.
La cultura en sus diversas manifestaciones es fundamento de la nacionalidad. El Estado reconoce la igualdad y dignidad de todas las que conviven en el país. El Estado promoverá la investigación, la ciencia, el desarrollo y la difusión de los valores culturales de la Nación”.
- 10 “Colombia es un Estado social de derecho, organizado en forma de República unitaria, descentralizada, con autonomía de sus entidades territoriales, democrática, participativa y pluralista, fundada en el respeto de la dignidad humana, en el trabajo y la solidaridad de las personas que la integran y en la prevalencia del interés general”.
- 11 “Los bienes de uso público, los parques naturales, las tierras comunales de grupos étnicos, las tierras de resguardo, el patrimonio arqueológico de la Nación y los demás bienes que determine la ley, son inalienables, imprescriptibles e inembargables”.
- 12 “Son nacionales colombianos: 1. Por nacimiento: a) los naturales de Colombia, con una de dos condiciones: que el padre... 2. Por adopción”.
- 13 “El Senado de la República – 100 miembros elegidos en circunscripción nacional. 2 indígenas.
- 14 “La Cámara de Representantes se elegirá en circunscripciones territoriales y circunscripciones especiales. Habrá dos representantes por cada circunscripción territorial y uno más por cada 250 mil habitantes”.
- 15 “Las autoridades de los pueblos indígenas podrán ejercer funciones jurisdiccionales dentro de su ámbito territorial, de conformidad con sus propias normas y procedimientos, siempre que no sean contrarios a la Constitución y leyes de la República. La ley establecerá las formas de coordinación de esta jurisdicción especial con el sistema judicial nacional”.
- 16 “las entidades territoriales gozan de autonomía para la gestión de sus intereses, y dentro de los límites de la Constitución y la ley. En tal virtud tendrán los siguientes derechos: 1. Gobernarse por sus autoridades propias.
2. Ejercer las competencias que les correspondan.
3. Administrar los recursos y establecer los atributos necesarios para el cumplimiento de sus funciones.
4. Participar en las rentas nacionales”.

del Estado, mientras que, en la segunda, la Constitución reconoce la propiedad colectiva de los pueblos indígenas, asegurando que el territorio es inalienable, imprescriptible e inembargable.

A pesar de estos avances, la Amazonía colombiana enfrenta retos para su conservación por la minería, la explotación petrolera, la construcción de infraestructura y los nuevos actores ilegales que ingresaron en el período del Pos-Acuerdo de 2016. Así mismo, la biosfera, matriz biológica de la vida está siendo severamente erosionada por la destrucción de hábitat y la consiguiente pérdida de especies vegetales y animales.

Todo es interacción y reciprocidad:

Cuando los bosques se destruyen, como han hecho los cultivadores europeos en toda América, con una precipitación imprudente, los manantiales se secan por completo o se vuelven menos abundantes. Los lechos de los ríos, que permanecen secos durante parte del año, se convierten en torrentes cada vez que caen fuertes lluvias en las cumbres. La hierba y el musgo desaparecen de las laderas de las montañas con la maleza, y entonces el agua de lluvia ya no encuentra ningún obstáculo en su camino: y en vez de aumentar poco a poco el nivel de los ríos mediante filtraciones graduales, durante las lluvias abundantes forma surcos en las laderas, arrastra la tierra suelta y forma esas inundaciones repentinas que destruyen el país (Alexander von Humboldt, s/f).

En este sentido, Alexander von Humboldt fue un precursor en la comprensión de los efectos de la actividad humana sobre el clima. Ya en el siglo XIX, observó cómo la deforestación agotaba los suelos, reducía los niveles de agua en los lagos y aceleraba la erosión en las montañas. También destacó que los bosques no solo regulan la humedad y refrescan la atmósfera, sino que desempeñan un papel esencial en la retención de agua y la protección contra la desertificación. Humboldt explicó que la degradación de los ecosistemas no solo afectaba la biodiversidad, sino que ponía en peligro el bienestar humano y la estabilidad de los territorios.

Además, Humboldt advirtió que las acciones de la humanidad tenían el potencial de afectar a las generaciones futuras, cambiando el clima del planeta. Citó como ejemplo la pesca descontrolada de perlas que había agotado los bancos de ostras. Humboldt también reflexionó sobre el comportamiento destructivo de la humanidad, describiendo un futuro sombrío donde la especie humana podría expandirse al espacio y propagar su mezcla letal de vicio, codicia, violencia e ignorancia, devastando incluso los planetas distantes. En 1801, escribió sobre cómo la humanidad estaba ya devastando la Tierra de manera similar.

Más de dos siglos después, estas preocupaciones siguen siendo más relevantes que nunca. En 2018, a través del Informe del Grupo Intergu-

bernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC), elaborado por más de 800 científicos, alertó sobre los peligros del cambio climático. Este informe subrayó la urgencia de tomar medidas para limitar el aumento de la temperatura global a 1.5°C. Seis años después, el desafío sigue siendo mayor, con medidas insuficientes y fenómenos meteorológicos más frecuentes e intensos que generan impactos cada vez más peligrosos para todas las culturas y países del mundo.

El concepto de “Kosmos” desarrollado por Humboldt, que representa la unidad y belleza del universo, subraya la interconexión entre humanidad y naturaleza. Inspirado en esta visión, Carl Sagan, en su obra *Cosmos* (2020), presenta una perspectiva que comprime los 15 mil millones de años de historia del universo en un calendario cósmico. En esta escala, cada mil millones de años de la historia terrestre equivaldría aproximadamente a 24 días de un año cósmico, resaltando la insignificancia del tiempo humano frente a la vastedad del universo.

Así, la interculturalidad y la espiritualidad no deben entenderse sólo como expresiones culturales aisladas, sino como pilares fundamentales en la construcción de una ecología humana integral, donde la conexión entre el ser humano y la naturaleza no sea una mera idea filosófica, sino una práctica esencial para garantizar la supervivencia en un planeta cuyo equilibrio se encuentra cada vez más amenazado.

Tabla 1. Fechas anteriores a diciembre

El <i>big bang</i> (la “gran explosión”)	1 de enero
Origen de la galaxia de la Vía Láctea	1 de mayo
Origen del Sistema Solar	9 de septiembre
Formación de la tierra	14 de septiembre
Origen de la vida en la tierra	25 de septiembre
Formación de las rocas más antiguas conocidas	2 de octubre
Época de los fósiles más antiguos (bacterias y algas Verdel azules)	9 de octubre
Diferenciación sexual (en los microorganismos)	1 de noviembre
Plantas fotosintéticas fósiles más antiguas	12 de noviembre
Aparecen las eucariotas (primeras células con núcleo)	15 de noviembre

Fuente. Consultado de la obra *Cosmos* de Carl Sagan.

De acuerdo con el calendario cósmico, toda la historia escrita se condensa en los últimos 10 segundos del 31 de diciembre como lo evidencia el siguiente cuadro:

Tabla 2. Calendario Cósmico - Diciembre

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIÉRCOLES	JUEVES	VIERNES	SÁBADO
	1 Formación de una atmósfera apreciable de oxígeno en la tierra	2	3	4	5 Formación extensiva de álveos y masas volcánicas en mar	6
7	8	9	10	11	12	13
14	15	16 Primeros gusanos.	17 Fin del precámbrico. Inicio de la era paleozoica y del período cámbrico. Aparecen los invertebrados	18 Primer plantón marino. Aparecen los trilobites	19 Período ordovicense. Primeros peces. Aparecen vertebrados.	20 Período silúrico. Primeras plantas vasculares. La vegetación empieza a cubrir el suelo.
21 Comienzo del período devónico. Primeros animales. Los empiezan a poblar la tierra.	22 Aparecen los primeros anfíbios. Insectos alados.	23 Período carbonífero. Primera flora arbórea. Aparecen reptiles.	24 Período pérmico. Primeros dinosaurios.	25 Fin de la era paleozoica. Se inicia el mesozoico.	26 Período triásico. Aparición de los mamíferos.	27 Período jurásico. Aparición de las aves.
28 Período cretáceo. Primeras flores. Se extingue al dinosaurio.	29 Era mesozoica. Empieza la era cenozoica y el terciario. Primeros cetáceos y primates.	30 Primera evolución de los lobullos frontales del cerebro de los primates. Primeros homínidos. Aparición	31 Fin del plioceno. Período cuaternario (pleistoceno y holoceno). Aparición del primer hombre.			

Fuente. Consultado de la obra Cosmos de Carl Sagan.

La historia escrita ocupa los últimos 10 segundos del 31 de diciembre, y el espacio transcurrido desde el ocaso del Medioevo hasta la época contemporánea es de poco más de un segundo.

Tabla 3. Calendario Cósmico - 31 de diciembre

Origen del Procónsul y del Ramapithecus, probables ascendientes del simio y del hombre	13.30
Aparición del primer hombre	22.30
Uso generalizado de lo útiles de piedra	23.00
El hombre de Pekin aprende a servirse del fuego	23.46
Empieza el último período glacial	23.56
Pueblos navegantes colonizan Australia	23.58
Florece el arte rupestre en toda Europa	23.59
Inventón de la agricultura	23.59.20
Cultura neolítica. Primeros poblados	23.59.35
Primeras dinastías en Sumer, Ebla y Egipto. Grandes avances de la astronomía	23.59.50
Inventón del alfabeto. Imperio acadio. Babilonia y los códigos de Hammurabi. Egipto: Imperio Medio	23.59.52
Metalurgia del bronce. Cultura micénica. Guerra de Troya. Cultura Olmeca. Inventón de la brújula.	23.59.53
Metalurgia del hierro. Primer imperio asirio. Reino de Israel. Los fenicios fundan Cartago	23.59.54
La India de Asoka. China: dinastía Ch'ín. La Atenas de Pericles. Nacimiento de Buda	23.59.55
Geometría euclidiana. Física de Arquímedes. Astronomía Ptolomeica. Imperio romano. Nacimiento de Jesucristo	23.59.56
La aritmética india introduce el número cero y los decimales. Caída de Roma. Conquistas musulmanas	23.59.57
Civilización maya. China: dinastía Sung. Imperio bizantino. Invasión mongólica. Las Cruzadas.	23.59.58

Fuente. Consultado de la obra Cosmos de Carl Sagan.

La codicia moldea tanto las sociedades como la naturaleza. La especie humana ha dejado una estela de destrucción donde allá ha puesto el pie. La agricultura sostenida durante cientos de generaciones ha transformado esta región del mundo en un planeta improductivo y agotado. El uso desenfrenado del agua es otro ejemplo de esta codicia despiadada.

En la actualidad, el 20% más rico de la población mundial concentra el 96% de la riqueza, mientras que el 80%, aproximadamente 6.500 millones de personas, solo dispone del 4%. Se observa una lógica implacable de privatización que convierte derechos básicos en mercancías, como la

salud, la educación, las jubilaciones y pensiones, y la infraestructura de servicios de cuidado. Esta tendencia ha acompañado un verdadero saqueo de recursos naturales, empresas públicas rentables, sistemas de comunicación e información, el sector financiero, el transporte, el control del comercio exterior y otras áreas estratégicas, en favor de grupos económico-financieros locales y extranjeros.

Este proceso ha sido apoyado por los llamados “clerics” académicos, quienes, según Benda (2008), ofrecen opiniones que alimentan la pos-verdad, confundiendo así la opinión pública al escribir mitades de verdad respaldadas por estudios científicos y la otra mitad falsedad. Esta estrategia es reminiscente de la utilizada durante la Segunda Guerra Mundial. En este sentido, según Campbell (2016), surge la pregunta de si las civilizaciones modernas permanecerán espiritualmente separadas entre sí en cuanto a sus ideas locales sobre el sentido de la tradición general, o si podemos abrir un camino hacia una comprensión mutua.

Reflexiones finales

La ciencia es fundamental para comprender el mundo, pero el verdadero desafío reside en la conciencia y la ética. No podemos seguir creyendo que la tecnología resolverá todos nuestros problemas, pues la crisis actual no es solo material, sino espiritual y social. La acumulación de bienes, lejos de brindarnos bienestar, nos vuelve más individualistas y egoístas, alejándonos de la armonía con la naturaleza, que es donde realmente encontramos equilibrio y plenitud.

La conexión entre el ser humano y la naturaleza va más allá del conocimiento racional. No poseemos una comprensión absoluta de la realidad, pues el mundo, en esencia, es un flujo de energías interconectadas. La clave no está en dominar la naturaleza, sino en reconectar con nuestras raíces y vivir en reciprocidad con ella. Según la encíclica *Laudato Si'*, la falta de reacción ante el sufrimiento de nuestros semejantes—incluyendo a los animales y el medio ambiente—es un signo alarmante de pérdida del sentido de responsabilidad. Para revertir esto, debemos fortalecer la conectividad ecológica, social y espiritual, reconociendo la energía inherente a todos los seres y objetos de la naturaleza.

Esta transformación requiere una educación que trascienda la razón y que cultive la intuición, la sensibilidad y la imaginación. Es necesario recuperar formas de conocimiento que han sido marginadas por el pensamiento racionalista, como los cuentos, la poesía y las canciones, que no

solo transmiten información, sino que invitan a experimentar la realidad de manera simbólica y sensorial. Además, debemos valorar y aprender de la sabiduría de los pueblos indígenas, quienes han preservado un conocimiento profundo sobre la vida en armonía con la naturaleza. El problema no es la falta de alternativas, sino nuestra incapacidad como sociedad para reconocerlas y aplicarlas.

Como dijo Alexander von Humboldt, “*lo que se dirige al alma escapa a nuestras mediciones*”. Su legado nos recuerda que la naturaleza no es solo un objeto de estudio, sino un sistema vivo de interrelaciones. Al observar la palmera de moriche, Humboldt destacó cómo esta no solo alimentaba a las aves con sus frutos, sino que protegía del viento con sus hojas y creaba microclimas favorables al acumular tierra en sus troncos. Para él, esta palma era “el árbol de la vida”, un símbolo perfecto de la naturaleza como un organismo interconectado. En ese sentido, existe un vínculo orgánico entre el yo y la naturaleza: “*Yo soy uno con la naturaleza*”. El conocimiento, el sentimiento y la moral están intrínsecamente relacionados y se reflejan mutuamente. Desde los cocodrilos hasta los monos titíes, desde las flores esculturales hasta la palma de moriche, la naturaleza está llena de vida y belleza. Muchas voces que nos proclaman que toda la naturaleza respira.

Humboldt veía el mundo como un entramado de vida, una red de poderes activos y orgánicos. Todo daba fe del poder y la ternura de la naturaleza. Era un mundo en el que latía la vida, decía Humboldt, un mundo en el que el hombre no es nada. Cada planta y cada animal tenía su propósito divino y se reproducía en el número justo para mantener ese equilibrio perpetuamente estable. “Cuántas cosas están relacionadas con la existencia de una sola planta”. Este pensamiento nos deja una lección crucial: no somos dueños de la naturaleza, sino parte de ella. Nuestro reto no es dominarla, sino comprender su equilibrio, respetarlo y vivir en consonancia con él. Solo así podremos construir un futuro donde la ecología humana integral sea la base de nuestra relación con el mundo y con nosotros mismos.

Referencias

- BENDA, J. (2008). *La traición de los intelectuales*. Galaxia Gutenberg.
- CAMPBELL, J. (2016). *Las máscaras de Dios. Mitología primitiva Vol I*. Atalanta.
- CASTAÑO, C. (2021). *Chiribiquete. La Maloka Cósmica de los Hombres Jaguar*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia – ICANH.

- CORONELL, D. (2023). *Los niños del Amazonas. 40 días perdidos en la selva*. Aguilar.
- DAVIS, W. (2022). *Los guardianes de la sabiduría ancestral. Su importancia en el mundo moderno*. Silaba Editores.
- GANDHI, M. (2002). *The collected works of Mahatma Gandhi* (Vol. 89, p. 28). Publications Division, Ministry of Information and Broadcasting, Government of India.
- GOLEMAN, D. (1995). *Inteligencia Emocional*. B de Bolsillo.
- HARRIS, M. (2004). *De vacas, cerdos, guerras y brujas: los enigmas de la cultura*. Editorial Alianza.
- KORZYBSKI, A. (2016). *Manhood of humanity*. Createspace Independent Publishing Platform.
- MARSH, PG (2013). *Hombre y naturaleza; o geografía física modificada por la acción humana*. The Classics us.
- MELO, C. (2013). La democracia ecológica: fundamento, posibilidades, actores. *Revista de Estudios Políticos*, 160, 31-60.
- NATIONAL Geographic. (2007). *Ascendencia Profunda dentro del Proyecto Genográfico. La búsqueda del ADN Landmark para descifrar nuestro pasado lejano*.
- PINKER, S. (2021). *Racionalidad. Qué es, por qué escasea y cómo promoverla*. Editorial Paidós.
- REICHEL, G. (1986). *Desana. Simbolismo de los indios Tukano del Vaupés*. Nueva biblioteca colombiana de cultura. Presidencia de la República.
- SS Padre Francisco. (2015). *Laudato Sí. Sobre el cuidado de la casa común*. Carta Encíclica.
- SAGAN, C. (2020). *Los dragones del edén*. Crítica.
- THOREAU, D (2013). *Walden*. Errata Naturae Editores.
- TOCQUEVILLE, A. de. (1951). *De la démocratie en Amérique, II*. En *Œuvres complètes* (Vol. 2, p. 105). Gallimard.
- VALLEJO, I. (2023). *El infinito en un junco: la invención de los libros del mundo antiguo*. Siruela.
- WELLS, S. (2003). *El viaje del hombre. Una odisea genética*. Casa al azar.
- WULF, A. (2019). *La invención de la naturaleza. El nuevo mundo de Alexander Von Humboldt*. Tauro.